

FRANCISCO FRANCO: VERDADES Y MENTIRAS DE UN MITO

JOSÉ RAMÓN CRUZ MUNDET

Nos enseñó Polichinela que es difícil servir a dos amos, y no es más quien esto escribe para atender a la Archivística y a la Historia, pero no he podido evitar sucumbir a las últimas lecturas en torno a este personaje, con cuyo nombre infame preferiría no manchar mi boca, como dijo el poeta. Hace 25 años ocurría lo que durante tanto tiempo habíamos deseado y parecía que jamás llegaría, un 20 de noviembre de 1975, rendía sus fuerzas quien había usado España como pazo propio y gobernado durante cuarenta años a sangre y fuego. Franco es sin lugar a dudas la figura contemporánea española más estudiada, la que acredita mayor volumen de letra impresa, y aunque la mayoría esté ocupada en alabanzas y fervorosas biografías, es tal la cantidad de estudios rigurosos, de ensayos bien fundamentados, que resulta muy difícil aportar algo nuevo y diferente sobre su figura. Pretender hacerlo en unas pocas páginas, es además inalcanzable. Por eso, más que ofrecer una biografía condensada para lectores con prisa, prefiero tratar algunos aspectos de su vida y de su personalidad, que ayuden al lector a comprenderla mejor –lo que no significa compartirla– y, sobre todo, lo que hay de verdad y de mentira en el mito construido en torno a él.

UNA CARRERA MILITAR METEÓRICA

En la media noche del día 4 de diciembre de 1892, en el número 108 de la calle María del puerto gallego de El Ferrol, venía al mundo Francisco, hijo de Nicolás José Saturnino Antonio Francisco Franco Salgado-Araujo, intendente de la Marina, y de María del Pilar Bahamonde y Pardo de Andrade, sus labores, quienes habían contraído matrimonio dos años atrás. Francisco fue el segundo de

cinco hijos: Nicolás, Francisco, Paz (fallecida en 1903 a los cinco años de edad), Pilar y Ramón. La suya era una familia ferrolana de raigambre marinera que, si no de militares, se venía empleando desde más de un siglo en puestos de intendencia naval.

A decir de los testimonios Francisco fue un niño solitario y retraído, mortificado por la figura virulenta de un padre calavera y de vida disoluta, cuyo afecto nunca logró alcanzar; aspecto que le marcaría durante toda su vida. En compensación por las gélidas relaciones paterno-filiales, desarrolló una profunda veneración por su madre. Según dicen los que le conocieron en su infancia, Francisco trató de compensar la falta de cariño y reconocimiento paterno, con el desdén hacia las manifestaciones de afecto y desarrollando una actitud impasible ante el dolor. Cuenta su hermana Pilar una anécdota muy significativa, que una vez de niños le aplicó sobre el brazo una aguja de punto al rojo vivo, y que su hermano se limitó a exclamar imperturbable lo mal que olía la carne quemada.

Siguiendo la tradición había muchas posibilidades de que el nuevo vástago siguiera la senda de su estirpe. De haber sido así, España habría tenido otro marino arrojado, un buen capitán de barco o, siquiera, un diligente jefe de negociado de intendencia. La historia, de todos conocida, iba a ser muy distinta. Y todo, al parecer, por culpa de un padre poco cariñoso, y del fracaso escolar. Al igual que su hermano mayor Nicolás, al cumplir los doce años había ingresado en la escuela de Preparación Naval, pero suspendió los exámenes y tuvo que abandonarla. Ya que la marina le daba la espalda decidió probar suerte en la Academia Militar de Toledo, donde ingresó en 1907. La formación que en ella se recibía estaba muy lejos de lo que eran las nuevas tendencias de la guerra moderna, se basaba en: disciplina, equitación, tiro, esgrima y la teoría militar prusiana del siglo XIX. Las enseñanzas estaban empapadas de una ideología xenófoba, antiliberal y fuertemente nacionalista, en la que el ejército era guardián de las esencias de la nación. Sobre ésta gravitaban dos afrentas: la amarga derrota del 98, y la traición de los movimientos ciudadanos y políticos progresistas, agrupados en un mismo frente imaginario: su oposición a la aventura colonialista de Marruecos. Así catalanistas, liberales, republicanos, socialistas, anarquistas... eran sin distinción enemigos del ejército y, por ende, de España.

Al completar sus estudios en junio de 1910, ingresó en el cuerpo de oficiales del ejército con el grado de cadete, ocupando el puesto 251 de los 312 que se graduaron en su promoción. Los méritos estudiantiles le auguraban una existencia gris en la parte baja del escalafón, pero su voluntad y África dejarían el expediente académico en pura anécdota. Su deseo era pasar a Marruecos, donde las continuas escaramuzas con las tribus rebeldes permitían a los oficiales fraguarse con rapidez una carrera brillante; mas su primer destino fue el Regimiento de Zamora nº 8, que estaba apostado en El Ferrol. Por fin en febrero de 1912 lograba su deseo, un destino en el protectorado marroquí, donde pasaría diez años plagados de ascensos. En junio obtuvo el grado de teniente, primer y único nombramiento

por razones de antigüedad. A partir de aquí todo le fue a pedir de boca. En 1913, una pequeña victoria con los Regulares Indígenas le valió la Cruz del Mérito Militar de primera clase. Al año siguiente, su valor en la batalla de Beni Salem le proporcionó un ascenso por méritos a capitán. En el campo de batalla siempre mostró un comportamiento arrojado, llegando en una ocasión a ser gravemente herido (junio de 1916). Por este motivo, el Alto Comisario de Marruecos recomendó su ascenso a comandante y la concesión de la Gran Cruz Laureada de San Fernando, pero el ministerio se opuso alegando que era demasiado joven (23 años). Franco recurrió la medida y al año siguiente se le reconoció el ascenso con carácter retroactivo, pero a falta de destino en Marruecos, recibió el mando de un batallón del Regimiento de Infantería del Príncipe en Oviedo. Todo parecía indicar que lejos del campo de batalla, la brillante carrera del comandante entraba en vía muerta. La suerte quiso que durante un curso de tiro en Valdemoro, conociera a José Millán Astray, quien le sedujo con sus proyectos de crear un cuerpo legionario a imitación del francés. Poco después de este encuentro, en 1920, le ofrecería el puesto de segundo jefe de la Legión y el mando de su primera bandera, lo que le permitió regresar a África y entrar pronto en acción.

El famoso desastre de Annual (1921), la derrota inflijida a las tropas españolas por los rebeldes de Abd el-Krim —líder de las tribus rifeñas—, fue para nuestro personaje una victoria personal. En medio de la *debacle* de una retirada general y sin concierto, tuvo la ocasión de destacarse al frente de sus legionarios en la dramática defensa de Melilla, uno de los pocos reductos que pudieron salvarse de caer en manos de los moros. Gracias a esta acción, a la prensa y a la acertada publicación de su diario, Franco se vio convertido de la noche a la mañana en héroe nacional. A partir de entonces, allá por donde pasaba era agasajado y objeto de todo tipo de atenciones. En recompensa por el valor demostrado, sus jefes Millán Astray y Sanjurjo propusieron que fuera ascendido a teniente coronel; sin embargo, el desastre de Annual dio lugar a la apertura de una investigación parlamentaria que cautelarmente paralizó todos los ascensos. La investigación y el debate público giró en torno a la inoperancia del ejército y a la nula utilidad que presentaba el territorio marroquí para la nación, motivo de sangría económica y humana, de la que sólo los militares salían beneficiados a base de acción y de ascensos. Millán Astray medió con unas declaraciones fuera de tono, por las que fue relevado del mando de la Legión. Franco también abandonó el tercio, en solidaridad con su jefe y amigo, reintegrándose en su destino ovetense. Sentía la investigación como una afrenta personal, que paralizaba su carrera, y como una confabulación de la corrupta clase política contra el glorioso ejército español. Pero mientras aguardaba el veredicto, el héroe era objeto de distinciones sin fin. El 12 de enero de 1923 el rey le condecoraba y distinguía nombrándolo gentilhombre de cámara, lo que significaba el ingreso en la elite militar cortesana. Su regreso a Oviedo, donde fue recibido con todos los honores, duró poco, porque a principios de junio había recibido el ascenso a teniente coronel con efectos retroactivos y el mando de la Legión.

La situación política española era muy complicada. El modelo de monarquía parlamentaria instaurado en el siglo anterior y conocido como la Restauración, basado en la alternancia de conservadores y liberales en el poder, estaba agotado. La sociedad se encontraba polarizada en torno a dos posturas, la de los partidos políticos renovadores (republicanos, socialistas...) que propugnaban la regeneración y la modernización de España; y la postura del ejército, la corona, la jerarquía eclesiástica y los ultraconservadores, que buscaban una salida a la vieja usanza, entregando el poder a algún militar prestigioso. El 13 de septiembre el general Primo de Rivera instauraba la dictadura con un golpe militar. Entre sus planes estaba la retirada española de Marruecos, pero pronto los olvidó para evitar un enfrentamiento con sus compañeros de armas, en especial con el poderoso clan africanista, de cuyo apoyo dependía el control del ejército.

Pronto, Franco tuvo ocasión de entrar en combate y de repetir hazañas. Abd el-Krim había atacado y, una vez más, la derrota de las tropas españolas sería el motivo de su victoria personal. La defensa y evacuación civil de Xauen llevada a cabo por la Legión, le valió una medalla más y el ascenso a coronel. Dos años después, durante la acción combinada hispano-francesa contra el líder de las cabillas, volvió a sobresalir en la batalla de Alhucemas, siendo ascendido a general de brigada a comienzos de 1926. A los treinta y tres años se convertía en el general más joven de Europa y en un héroe nacional. En 1927 Alfonso XIII le distinguía nombrándolo primer director de la academia militar recientemente creada en Zaragoza.

Cuando llegó la República (1931) Franco mostró su hostilidad, en especial por el cierre de la Academia Militar que dirigía, por la revisión de ascensos y por la investigación de responsabilidades en la aventura africanista, por lo que fue relegado de su puesto y reexpedido a La Coruña en febrero de 1932, como comandante de la XV Brigada de Infantería de Galicia. Tras dos años de zozobra por el miedo a perder sus galones, como les había sucedido a otros jefes a consecuencia de las investigaciones, Franco salió relativamente bien parado: conservaba el empleo, pero descendía en el escalafón del número uno de los generales de brigada al 24 de un total de 36. Él lo sintió como una afrenta que alimentó aún más su aversión por el sistema republicano y personalmente por Azaña, ministro de la Guerra. Entre tanto el general Sanjurjo había intentado un golpe de estado que fracasó, y al que Franco no se había querido unir. Por eso Manuel Azaña trató de ganarlo destinándole como comandante general de Baleares –puesto reservado por su categoría a un general de división–, convencido de que su pasividad durante el intento de sublevación de Sanjurjo era un buen síntoma de lealtad; sin embargo, acostumbrado como estaba a los agasajos de que le habían hecho objeto tanto Primo de Rivera como el propio rey, no lo percibió como una recompensa.

Con la victoria de las derechas en las elecciones de 1934 el cambio de gobierno le fue propicio una vez más. En marzo era ascendido a general de división y de nuevo se convertía en el más joven. El nombramiento se había hecho a propuesta

del ministro Diego Hidalgo que, meses más tarde, le delegaría la represión de la Revolución de Asturias, una huelga general revolucionaria que aspiraba a difundirse desde las cuencas mineras al resto del país, para derrocar al gobierno reaccionario. Desde la sede ministerial Franco tendría ocasión de llevar adelante el aplastamiento de los mineros y de ensayar su modelo de guerra interior, basado en un avance lento dirigido a la aniquilación sistemática y total del enemigo, que después repetiría en la Guerra Civil. Las tropas fueron conquistando el territorio asturiano palmo a palmo e implantando el terror en las zonas *liberadas*. A su aura de héroe y salvador nacional se uniría un mayor ascendente sobre la oficialidad. La recompensa material fue la Gran Cruz del Mérito Militar, el destino de comandante en jefe del ejército en Marruecos –3 de abril de 1935– y sólo dos meses después el de jefe del Estado Mayor. La adscripción de los más destacados antirrepublicanos (Mola, Varela, Fanjul, Goded...) a los puestos clave del ejército sirvió en bandeja la conspiración contra el orden constitucional.

La victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936 significó un revés profesional para Franco, que fue cesado en su puesto y destinado a Canarias como comandante en jefe. A partir de aquí la historia es conocida, el 18 de julio se subleva el ejército de Marruecos y algunas guarniciones de la península, dando comienzo a la guerra más cruenta de la historia de España. Los principales jefes del golpe decidieron elegir uno de entre ellos para dirigir la guerra. El general Cabanellas, primero en el escalafón, fue descartado por su pasado republicano y masón, el siguiente, Queipo de Llano, era sospechoso de haber sido favorecido por la República, con cuyo presidente Alcalá-Zamora tenía vínculos familiares. Mola, el tercero, estaba algo desacreditado por sus fracasos iniciales en el frente norte y él mismo se autoexcluyó de la elección. Así, el 28 de septiembre de 1936, Francisco Franco Bahamonde sin haber cumplido aún los cuarenta y cuatro años, resultaba elegido Generalísimo y jefe del Estado mientras durase la guerra. Dos años después, el 18 de julio de 1938, el gobierno rebelde decidía «exaltar a la dignidad de Capitán General del Ejército y la Armada, al Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y Jefe Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las Jons». Francisco Franco concentraba en su persona las más altas magistraturas civiles, militares y políticas, convirtiéndose en dictador único y todopoderoso caudillo de la nueva España. Cargos de los que, a la hora de la verdad, se ocuparía de no apearse hasta el día de su muerte treinta y nueve años más tarde.

EL PERFIL DEL GENERAL

Tratemos ahora de penetrar un poco en la personalidad de este militar de carrera tan brillante, a través de ciertos rasgos y experiencias determinantes: las relaciones con su padre, las fobias políticas, el influjo de Marruecos, la crueldad y su vida sentimental. Todos cuantos han tratado su figura, hasta los más próximos como su hermana Pilar, coinciden en señalar las relaciones con su padre como

trauma determinante. Ya hemos indicado que la incapacidad para ganar el afecto de su progenitor, aspecto en el que sus hermanos debieron tener más fortuna, le llevó a negar su necesidad de cariño y afecto, en consecuencia a no expresar sus emociones, sino a mostrarse introvertido, gélido e impasible. Frente al padre mujeriego, izquierdista, posiblemente masón, extrovertido y juerguista; Francisco se revelaría introvertido, poco dado a las mujeres, ajeno a los vicios, feroz enemigo de la masonería y antiliberal. La incomunicación entre padre e hijo fue desde la infancia una constante en sus vidas. Su padre se refería a él como «mi otro hijo», mientras que a los demás lo hacía por su nombre propio. Ensalzaba los logros de Nicolás como marino y las hazañas del aviador Ramón, quienes habían heredado su afición por las mujeres y la vida disipada; en cambio, minimizaba los éxitos de Francisco cuando ya se le proclamaba como héroe. Tan siquiera asistió a su boda. Incluso después de la guerra y siendo el padre del Caudillo, no perdía ocasión de denostarlo en público, llegando a ser detenido en alguna ocasión borracho por haber dicho de él que era «un cabrón y un chulo». La aversión era mutua. Desde que en 1907 don Nicolás obtuviera un destino en Madrid se separó de su mujer, conviviendo con su amante Agustina Aldana hasta el día de su muerte en 1942. Cuando llegó el momento, Francisco no hizo el más mínimo gesto de sentimiento. Durante su prolongada agonía lo dejó de lado, mientras su hermano Nicolás, embajador en Lisboa, viajaba todas las semanas a visitarlo. Una vez muerto, Franco ordenó el traslado del cadáver desde su residencia en la calle Fuencarral, donde un pelotón de la Guardia Civil se lo arrebató por la fuerza a la desconsolada Agustina, la mujer con la que había vivido durante treinta y cinco años y que le había cuidado hasta el final. En el colmo de la crueldad le prohibió asistir a los funerales, y él mismo se dio media vuelta cuando el cortejo fúnebre traspasó la verja de El Pardo.

Puede que fuera una reacción ante la figura del padre, puede que la formación castrense o su ansiedad arribista le hicieran abominar de cuanto oliera a revolucionario, pero lo cierto es que Franco observó durante toda su vida un acendrado odio hacia el comunismo y la masonería, que llegó a convertirse en delirio obsesivo. Desde 1928 estuvo suscrito al boletín de la *Entente Internationale contre la Troisième Internationale*, organización ultraderechista radicada en Ginebra y conectada con la Antikomintern de Goebbels. El boletín constituyó una de sus pocas y favoritas lecturas, e influjo ideológico indudable. Llegó a desarrollar tal manía que durante la represión de Asturias (1934) declaró que no se trataba de una huelga, sino de «una guerra de fronteras... y sus frentes son el socialismo, el comunismo y todas cuantas formas atacan la civilización para reemplazarla por la barbarie». En su personal empeño de acabar con cualquier forma que adoptaran, durante la Guerra Civil idearía un organismo implacable encargado de recopilar todos los documentos que hallara en las zonas ocupadas (archivos de partidos, sindicatos, asociaciones, particulares, confesiones no católicas, logias...), y que sirvieron de base para la actuación del sanguinario Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo. Sin olvidar otra de sus piezas favoritas, la División

Azul (1941-1943), cuerpo de voluntarios enviados a luchar junto con Alemania en el frente ruso, un infierno de hielo y barro en el que miles de españoles perdieron la vida.

La conspiración judeomasónica en connivencia con el comunismo fue su argumento preferido y multiuso, que lo mismo le valía cuando le venían dadas (boicot internacional, huelgas...), que cuando estaba en desacuerdo con algo, desde el Concilio Vaticano II hasta el Mercado Común eran obras de la confabulación. La obsesión alcanzó tales cotas que entre 1947 y 1951 publicó diversos artículos en el diario *Arriba* bajo los seudónimos «Jakim Boor» y «Macaulay», en los que dando rienda suelta a su fijación enfermiza acusaba al secretario general y al presidente de la Asamblea General de la ONU de ser masones al servicio de Moscú, lanzaba furibundas diatribas contra Estados Unidos y Gran Bretaña, y expresaba sus opiniones antisemitas. El general compartió estas fijaciones con su incondicional servidor Carrero Blanco, que con los alias «Juan de la Cosa» y «Ginés de Buitrago» le hizo el acompañamiento en los periódicos del Movimiento. A finales de mayo de 1960, y sin que nadie tratara de evitarlo, hizo el mayor de los ridículos ante la opinión internacional cuando decidió personalmente que España se retirara de la primera Copa de Europa de fútbol, porque estando en cuartos de final le tocaba disputar los dos partidos con la Unión Soviética. Aunque la selección nacional estaba en uno de sus mejores momentos, los informes de sus servicios secretos le habían alertado sobre la posibilidad de un caluroso recibimiento al equipo ruso, que podría interpretarse como una protesta contra él, además le parecía inadmisiblemente que sonara el himno soviético y que la bandera roja ondeara en suelo español. La prensa nacional se limitó a decir, sin más explicaciones, que la Unión Soviética se había clasificado para semifinales.

África fue la otra gran influencia en la personalidad de Franco, además de escenario de su carrera militar. Él mismo llegó a decir en una entrevista: «Sin África, difícilmente podría explicarme a mí mismo». Allí aprendió la utilidad de presentarse como un hombre con suerte, con *baraka*, protegido por la providencia, primero ante las tribus cabileñas y, luego, durante su prolongada dictadura. Como señala P. Preston: «en África adquirió las creencias centrales de su vida política: el papel del ejército como árbitro del destino político de España y, lo más importante, su propio derecho al mando. Siempre consideraría la autoridad política en términos de jerarquía militar, obediencia y disciplina, y siempre se referiría a ella como *el mando*». También tuvo ocasión de experimentar la que en adelante sería su fórmula política, dividir a los jefes de las tribus sobre las que gobernaba, ganándose a unos con sobornos, tolerando la corrupción en otros, y fomentando el enfrentamiento entre ellos. Procedimientos que después traspasaría al gobierno de España durante la dictadura. Fue la encarnación del gallego prototípico, un hombre taimado y prudente que jamás desveló su pensamiento ni sus verdaderas intenciones. Maestro del doble juego y mendaz hasta lo enfermizo, unas veces se mostraba frío y distante, otras tímido y acomplejado, según el caso o el interlocutor, y hubo circunstancias en las que utilizó convenientemente el llanto.

En parte por su propio carácter, en parte por la brutalidad de la guerra de Marruecos, Franco se desveló pronto como un hombre cruel que recurrió a la violencia muy por encima de lo que las ordenanzas permitían y de lo que exigían aun las circunstancias más dramáticas. Cuando estaba al mando de la Legión consintió la muerte y la mutilación de prisioneros. En 1922 su tercio envió como tributo a la duquesa de la Victoria, organizadora de un grupo de enfermeras voluntarias, una cesta de rosas y como centro dos cabezas de moro cortadas. Cuando en 1926 Primo de Rivera visitó Marruecos, un batallón de la Legión le recibió en formación con cabezas clavadas en las bayonetas. Sus propios compañeros de armas y sus jefes se sorprendieron muchas veces por su crueldad imperturbable, como cuando un legionario se negó a comer el rancho y se lo arrojó a su oficial, Franco mandó formar un pelotón y lo fusiló en el acto. O cuando tras un ataque de represalia a un puesto enemigo, regresó con las cabezas ensangrentadas de doce marroquíes. Años después, durante la represión de la revolución de Asturias (1934), utilizó a la Legión y a los Regulares (tropas indígenas) como fuerza de choque, ensayando los métodos de aniquilación sistemática que utilizaría después en la Guerra Civil, así como la utilidad del terror como medio de gobierno. Desde el mar y desde el aire procedió al bombardeo de los barrios obreros de las ciudades, las tropas africanas cometieron todo tipo de atrocidades, y tras la rendición muchos huelguistas fueron detenidos, torturados y fusilados, haciendo gala de una brutalidad que escandalizó a la opinión internacional.

Como señala Preston, en la Guerra Civil «las macabras prácticas de la Legión y los Regulares se repitieron con terrible eficacia durante el sanguinario avance del ejército de África... Franco creía que se rebelaba para salvar a la patria (más bien su interpretación de ella) de la infiltración comunista y que cualquier medio era lícito. No consideraba que los electores liberales y de la clase obrera del Frente Popular fueran parte de aquélla. En ese sentido, como había mostrado la campaña asturiana de 1934, Franco sentía la misma consideración por los milicianos obreros opuestos a su avance sobre Madrid que por los cabileños a quienes había tenido que pacificar entre 1912 y 1925. Dirigiría las primeras etapas de su esfuerzo bélico como si fuese una guerra colonial contra un enemigo racialmente despreciable. Los marroquíes sembrarían el terror por doquier, saquearían los pueblos que capturaran, violarían a las mujeres que encontrasen, matarían a sus prisioneros y mutilarían sexualmente los cadáveres. Franco sabía que tal sería el caso y había escrito un libro en el que hacía patente su aprobación de semejantes métodos*. Si tuvo algunas reservas, sin duda las eliminó la conciencia de la magnitud de la labor a la que se enfrentaban él y sus compañeros rebeldes. Franco sabía que si fracasaban serían fusilados. En semejante contexto, el ejército de África era un recurso inestimable, unas tropas de choque capaces de asimilar las bajas sin que hubiera repercusiones políticas. El uso del terror, tanto como inversión inme-

* *Diario de una bandera*. Madrid, 1922.

diata o a más largo plazo, era algo que Franco comprendía por instinto. Durante la Guerra Civil y mucho después, aquellos enemigos que no fueron eliminados físicamente quedarían deshechos por el miedo, anulados para cualquier resistencia y obligados a sobrevivir en la apatía» (188-189).

De la brutalidad desplegada por el general se asombraron incluso sus aliados, el propio Himmler –jefe de las terribles SS– se quedó espantado al conocer la dimensión de la represión durante la postguerra. No comprendía por qué las cárceles rebosaban de presos y los campos de concentración de batallones de castigo, mucho menos el incesante goteo de los fusilamientos diarios, en lugar de haber tratado de incorporar a los vencidos al nuevo orden. Entre 1939 y 1944, sólo en el cementerio madrileño del Este fueron fusiladas 2.663 personas, y se calcula que en toda España superaron las 150.000. Aunque se ha tratado de proyectar la imagen de un Franco abrumado por la penosa responsabilidad ante cada pena de muerte, lo cierto es que tanto durante la guerra como después ejerció un control voluntario y total sobre el asunto. Los testimonios nos muestran a un general que firmaba las sentencias con el café después de las comidas o en el coche camino del frente, y escribía de su puño y letra la fórmula, fusilamiento o garrote, y si debía dársele publicidad por la prensa, para añadir al castigo los efectos psicológicos del terror y del escarnio. Ni siquiera mostró piedad cuando fusilaron a su primo Ricardo de la Puente, con quien había convivido desde su más tierna infancia; acusado de tibieza durante la rebelión, Franco se negó a intervenir para salvarle la vida. La pena de muerte fue un expediente habitual durante la dictadura y aún estando al borde de la muerte, con la opinión mundial en su contra, firmaría con mano temblorosa sus cinco últimas condenas de fusilamiento. Hasta el último momento tuvo muy clara la división de España en dos, la de los vencedores y la de los vencidos, por eso nunca llegó a entender que don Juan, el heredero de la corona, manifestase su deseo reconciliador de proclamarse rey de todos los españoles, entonces decía: «Es inimaginable que los vencedores de una guerra cedan el poder a los vencidos», quienes eran en su opinión las «heces de la sociedad española».

La vida sentimental de nuestro personaje ocupó un lugar bastante discreto, sobre todo si tenemos en cuenta su profesión, que los destinos africanos debían de hacer circular torrentes de adrenalina, y que sus antecedentes paternos y el caso de sus hermanos parecían augurar, si no un don Juan al menos un notable mujeriego. Parece, en cambio, que la reacción frente a la figura del padre bien pudo llevarle a cierto grado de autocastración o de represión de sus instintos; también hubo quienes creyeron ver en las graves heridas sufridas en 1916, un balazo en el abdomen, el origen de su inapetencia en la materia, aunque no haya pruebas concluyentes. De cualquier forma su escaso interés era anterior y conocido para sus compañeros de armas, quienes le decían el hombre «sin miedo, sin mujeres y sin misa». Con todo, tampoco parece tan extraño en una persona dotada de gran autodominio y empeñada en ser lo contrario que su padre; además, la suerte no le había acompañado en sus primeros escauceos. Durante su primer destino marroquí, entre 1912

y 1913, cortejó a Sofía Subirán, joven de reputada belleza y sobrina, para más señas, del Alto Comisario, el general Luis Aizpuru. Durante casi un año la bombardeó con misivas pretendidamente amorosas, inaccesible al desengaño por el desdén con que fue correspondido. La clave del fracaso estuvo en los mensajes de las cartas, formales, ampulosas y plagadas de convencionalismos, según se pudo conocer al ser publicadas setenta años después.

Nada más se supo de la vida amorosa hasta que en 1917, destinado en Oviedo, a punto de cumplir los veinticinco, conoció en una romería a María del Carmen Polo y Martínez Valdés, de quince años de edad, hija de una rica familia ovetense. El padre y la tía de la joven, huérfana de madre, se opusieron a la relación por considerar un mal partido al entonces comandante. Mas la tozuda determinación de Franco y el consentimiento de la señorita Polo terminaron por imponerse al consejo familiar. Transcurridos seis años de noviazgo, buena parte de ellos con el novio ausente en Marruecos, contrajeron matrimonio el 22 de octubre de 1923 en la iglesia de San Juan el Real de Oviedo. La boda fue multitudinaria y se celebró en medio de una gran expectación, con la ciudad abarrotada de curiosos deseando ver tan fausto acontecimiento de quien ya era considerado héroe nacional. Como correspondía a un gentilhombre de cámara, su padrino fue el rey Alfonso XIII representado por el gobernador militar. Por la misma razón los novios entraron en la iglesia bajo palio, gesto por el que en el futuro adquirieron mucha afición. Fruto del enlace fue una única hija, María del Carmen, nacida en 1926. Aunque el padre declaró posteriormente que le hubiera gustado tener más hijos, aseveró resignado «pero no pudo ser». Hubo insistentes rumores –sin pruebas– de que no era hija suya, sino adoptada, basándose en la ausencia de testimonios gráficos ni orales que mostraran a su esposa visiblemente embarazada; hubo incluso quienes afirmaron que era hija de su hermano Ramón, afamado mujeriego.

LA CONSTRUCCIÓN DEL MITO

La figura de Franco alcanzó en sus años de esplendor una dimensión ciclópea que desmentía su estatura, así física como por otros conceptos; pero en contra de lo que erróneamente se pueda pensar, no fue producto del franquismo, que lo elevó a su cenit, sino fruto de un trabajo premeditado y muy temprano en sus inicios. La monarquía y el ejército necesitaban héroes para distraer la atención de los graves problemas del país, de los que la sangría marroquí no fue el menor. Por otra parte, cualquier imagen que calmara el amargo recuerdo del 98, era recibida con gusto por la opinión pública. Éste fue el telón de fondo que sirvió para realzar la figura de nuestro militar y caja de resonancia de su fulgurante éxito. Como hemos visto pronto alcanzó notoriedad por su valor y arrojo en el campo de batalla tanto al frente de las tropas de Regulares indígenas como de la Legión, lo que le valió ser objeto de noticias, reportajes y entrevistas en los periódicos. Para comprender la rapidez con la que adquirió notoriedad, recordemos que las campañas de Marruecos estaban plagadas de fracasos estrepitosos, derrotas humillan-

tes para las armas españolas (barranco del Lobo, Annual...), en las que era difícil hallar un militar victorioso, mucho menos con la capacidad de convertir las debacles en ocasión de lucimiento, algo en lo que Franco fue consumado especialista. Consciente de la importancia que la imagen pública tenía para su ambición, se presentó a los ojos del público como un militar modesto y abnegado, al tiempo que publicaba su *Diario de una bandera* (1922) y repartía numerosos ejemplares, para difundir la imagen heroica que daba de sí mismo.

Una vez moldeada su figura todos pujaron por cortejarla, fue objeto de atenciones y hasta el mismísimo rey le colmó de honores sentándolo a su mesa, condecorándolo y distinguiéndolo con la gentilhombría de cámara. El día de su boda, con apenas treinta años, fue calificado por un diario de Madrid de «heroico caudillo», adjetivo por el que mostraría en el futuro manifiesta predilección. Durante el reinado de Alfonso XIII y en la dictadura de Primo de Rivera fue el oficial más mimado del ejército, se le dieron los destinos más apetitosos y la oportunidad de lograr un temprano ascendiente sobre la oficialidad, al tiempo que adquiría un indudable atractivo para la clase política más conservadora, habituada a tener espadones a mano. Esto se manifestará con toda nitidez durante la II República y, en especial, durante el bienio negro (1934-1936), cuando como general favorito de la CEDA –el partido de extrema derecha liderado por Gil Robles– se le encomiende el aplastamiento de la rebelión asturiana y sea elevado a jefe del Estado Mayor. La prensa de derechas le presentó como el salvador de la República. A todo esto, Franco respondió siempre complacido. Con su natural indiferencia y frialdad, se consideraba protegido por la providencia y llamado a las más elevadas magistraturas. Cualquier investigación por responsabilidades, el más leve retraso en la materialización de sus ascensos, las recibía como graves ofensas, de ahí el odio que abrigó hacia la clase política en general, por su manía de formar comisiones parlamentarias de investigación sobre el descontrolado ejército colonial, y hacia Manuel Azaña en particular, porque siendo ministro de la Guerra le rebajó en el escalafón.

Dotado de una percepción mesiánica de su destino y de una ambición inagotable, Franco tuvo la habilidad de actuar con doble cara siempre que sus intereses lo recomendaran, y de marcar el juego con el ritmo de sus cartas, que en vísperas del 18 de julio del 36 eran excelentes: joven, general de división, prestigioso, popular, experimentado, con buenos contactos con la *Auslandorganisation*, sección exterior del nazismo alemán, y ante todo al mando de las únicas tropas profesionales: la temible Legión y los terribles Regulares Indígenas. Llegado el momento de llevar adelante la conspiración, Franco se ofreció al gobierno como salvador, evitaría la rebelión militar a cambio del mando en el ejército. Mas como la maniobra no obtuviera resultado siguió adelante con los planes de sus conmitones, actuando con una distancia calculada y remolona que exasperó a los demás conjurados. Sólo cuando las noticias sobre la dimensión del alzamiento fueron inequívocas, sobre todo la adhesión de la Guardia Civil, accedió a dar un paso al frente. Aunque entró el último en el alzamiento, pronto supo hacerse con el con-

trol de la situación. La primera baza fue ponerse al frente de las eficaces tropas africanas, la segunda aprovechar sus contactos con influyentes nazis en Marruecos, para capitalizar la inestimable colaboración del fascismo y presentarse al exterior como el mejor interlocutor. Para ganar la guerra hacía falta armas, aviones, barcos... y, dado el signo de los rebeldes, sus aliados naturales eran los regímenes fascistas. Franco tuvo la habilidad de canalizar personalmente la ayuda exterior y de que, además de los alemanes, los italianos se decantaran por él desde el principio. Sus compañeros, en cambio, aun siendo militares de mayor graduación, experiencia y no menor prestigio (Cabanellas, Mola, Queipo de Llano...), comandaban tropas de remplazo, milicias falangistas y requetés, menos operativas y difíciles de coordinar, además de carecer de interlocutores válidos entre los líderes fascistas.

Hubo otras diferencias con los demás jefes del bando rebelde, y una de ellas fundamental, la visión de la guerra. Mientras que los otros generales buscaban al comienzo una guerra rápida y lo menos costosa posible, dirigida a tomar Madrid e imponer un giro ultraconservador a la República; por contra, Franco anhelaba conquistar el poder y establecer las bases de un reinado personal y vitalicio. Por eso, mientras que los primeros trataban de imprimir rapidez al ritmo de su avance, él no mostraba ninguna prisa, su atención se dirigía preferentemente a consolidar su situación futura. Así, en agosto del 36, cuando los esfuerzos se centraban en el avance, Franco prefirió ocuparse en anunciar la adopción de la bandera real como enseña de los sublevados, atrayéndose las simpatías de conservadores y monárquicos. No tenía prisa por derrotar a la República antes de haber establecido su poder personal de forma irrevocable, por eso durante el avance sobre Madrid prefirió desviarse hacia Toledo, para liberar el Alcázar del acoso de unas tropas leales que estaban tan aisladas como los asediados. En la decisión pesaba el efecto propagandístico que para su carrera ofrecía el martirial toledano. Poco después, ya lo hemos visto, sería nombrado Generalísimo y jefe del Estado mientras durase la guerra. E iba a durar y mucho, con un coste inimaginable en vidas humanas y en destrucción del país, todo al servicio de una ambición personal. Sus propios aliados (Alemania e Italia) le metían prisa para que acabase lo antes posible, pretendían una guerra rápida, moderna, para sustituir la democracia por un régimen fascista; por otra parte no veían sentido a la carnicería de prisioneros de la retaguardia nacional, por lo que también protestaron. En cambio, a Franco lo que realmente le preocupaba era consolidar el control sobre cada palmo de territorio conquistado, a base de aniquilar concienzudamente al enemigo e implantar el terror sobre la población; bajo ningún concepto aceptaba la negociación, como lo demostró al anular los acuerdos de los italianos con los nacionalistas vascos tras la caída de Euskadi, no quería tratos sino vencidos. Tampoco una España de todos, sino la suya, la de los vencedores. Por otra parte, los agregados militares alemanes e italianos criticaban con frecuencia su concepción anticuada de la guerra, su torpeza al manejar las tropas y el coste excesivo que gravaba sus avances. El Generalísimo continuaba consolidando su poder, primero en el mando y en las

relaciones exteriores, después en los partidos de su bando (falangistas, carlistas y restos de la CEDA), a los que unió en partido único –FET y de las JONS– convertido en instrumento dócil bajo su mano. Aunque Alemania e Italia no estuvieran de acuerdo con los métodos del Caudillo, lo cierto es que se habían comprometido de tal modo con él, que no podían sino continuar con la apuesta a base de más apoyo. Franco lo sabía y aprovechaba la inestimable colaboración del fascio, sin la cual era casi imposible que hubiese vencido con su modelo de guerra; la Legión Cóndor y la aviación italiana, los carros de combate, los navíos de guerra, los submarinos... en fin la intervención directa de importantes efectivos humanos, le proporcionó por tierra, mar y aire una superioridad de medios, que exigía una guerra relámpago y de bajo coste humano.

Terminada la guerra y afianzado su poder personal, los esfuerzos se centraron en consolidar el mito, para lo que se preparó una cuidada parafernalia que lo asociaba con la figura del Cid, presentándolo como un héroe de la reconquista, y con Carlos V y Felipe II, asociando el régimen al imperio. Los primeros meses fueron un continuo de actos, desfiles y tedeums propagandísticos que lo presentaban ante el pueblo como héroe mitológico. La entrada en Madrid fue organizada con un desfile de más de veinticinco kilómetros de largo y la aparición del general se hizo siguiendo «el ritual observado cuando Alfonso VI, acompañado por el Cid, tomó Toledo en la Edad Media». De cara al exterior se apresuró en manifestar su inquebrantable adhesión al Eje (Alemania, Italia y Japón), y en exponer su deseo de reconquistar Gibraltar y de crear un imperio en el norte de África. Como si no fuera consciente de la trágica situación económica y humana del país, Franco se volcó en los baños de masas, en órdenes tan necesarias como cambiar los callejeros de todas las poblaciones, declarar el 1 de octubre fiesta nacional en conmemoración del día en que fue elevado al caudillaje, en elegir personalmente el emplazamiento y el proyecto de su querido monumento, el Valle de los Caídos, cuyas obras durarían veinte años.

La naturaleza dictatorial de su régimen permitió alimentar constantemente la mitología franquista. Rodeado de una corte de aduladores y con todos los medios de comunicación a su servicio, el culto al líder fue cuidadoso y constante durante los casi cuarenta años que estuvo en el poder. Además, la maquinaria administrativa se ponía en marcha cada vez que hacía una aparición en público, decretando fiestas al efecto y trasladando con salario, comida y transporte masas de enfervorizados seguidores desde toda España. De cara al interior, el más leve gesto era elevado a la categoría de acontecimiento nacional, ya pescara salmones o ballenas, ya batiera perdices o rebecos, eran presentados como hazañas ciclópeas. Su afición a presentarse bajo palio, privilegio reservado a los reyes, o la consagración de España a la Eucaristía, transmitía la idea del favor divino. La iglesia colaboró, y no poco, en la exaltación y mantenimiento de este nuevo héroe de la cristiandad. De cara al exterior fue, posiblemente, donde hizo mejor alarde de su doblez, tan pronto apareció como filonazi arrojado, que como prudente freno del insaciable

apetito alemán, según lo señalaran las circunstancias. Pero fue su feroz anticomunismo, lo que ante todo le mantuvo incontestado desde el exterior. Primero los alemanes se beneficiaron de la División Azul, del wolframio, etc., después los aliados vieron en él un bastión frente al peligro rojo en el convulso panorama de la Guerra Fría.

ESPAÑA A SALVO: LA NEUTRALIDAD

Al ser derrotados en la II Guerra Mundial los regímenes fascistas, el español debería haber corrido la misma suerte, pero no sucedió así porque en realidad nunca estuvo solo, o al menos en la sola compañía de Hitler y Mussolini. Durante la Guerra Civil las democracias occidentales ya le habían favorecido al abandonar a la República, durante el conflicto mundial trataron de frenar sus colaboraciones con el Eje a cambio de ayuda, y después de 1945 simplemente fue tolerado por útil. Esta actitud de consentimiento vino dada en cada momento por la conveniencia de las circunstancias, que siempre fueron favorables a Franco. Durante la guerra de 1936-1939, el sistema capitalista veía más peligro en el Frente Popular –surgido al fin y al cabo para defender la democracia y el orden constitucional– que en el fascismo. Durante la guerra de 1939-1945 España estaba demasiado deprimida como para ser un peligro fuera del control aliado. Después, durante la Guerra Fría, la resistencia al potencial avance comunista primaba sobre cualquier otra consideración. De todos modos en esta actitud de tolerancia hubo un país que desempeñó un papel crucial, Gran Bretaña –uno de los primeros países democráticos en reconocer al gobierno nacional, con cuyo territorio mantuvo intensas relaciones comerciales–, y un político que jugó a favor del dictador, Winston Churchill, quien frenó todos los intentos de sancionar al régimen del general en ambas guerras y que llegó a pronunciar encendidos discursos defendiendo a Franco frente al diablo comunista, una de las obsesiones favoritas de *milord*.

La propaganda oficial del momento y los hagiógrafos posteriores nos han ofrecido la imagen de un Franco exquisitamente neutral durante la II Guerra Mundial, resistiendo las tentaciones de Hitler y de Mussolini para que entrara en combate de su lado, e intercediendo paternal por las desventuradas naciones aliadas ante la poderosa tríada del Eje. La realidad de los hechos fue justo la contraria, en todo momento trató de entrar en la guerra del bando fascista y procuró el perjuicio de las naciones unidas salvo cuando por la fuerza de las amenazas se vio obligado a lo contrario. De hecho, Franco tenía que pagar la enorme deuda contraída con Alemania y con Italia por la ayuda que le prestaron durante la Guerra Civil, y los intereses se materializaron de múltiples maneras: puertos españoles habilitados como bases de abastecimiento para la marina de guerra alemana, exportación de materias primas y alimentos que llegaban en concepto de ayuda de las repúblicas iberoamericanas, concesiones industriales y mineras, carta blanca para los servi-

cios secretos, una prensa monocolor puesta a sus pies y, siempre, la más sincera y encendida admiración del Caudillo por el Führer y el Duce, cuyos retratos presidían la mesa de trabajo de El Pardo.

El primer motivo por el que no entró en guerra fue la debilidad militar y económica española, cuando apenas habían pasado unos meses del fin de la contienda civil. Debilidad que se agudizaría en los años venideros por la negativa de Franco a observar una neutralidad eficaz, como la que durante la I Guerra Mundial le había permitido a España lograr una notable prosperidad económica. Esta vez se empeñó en actuar a favor del Eje y embarcarse en una ruinosa autarquía económica antes que aceptar la ayuda occidental, cuya única contrapartida era la no beligerancia. El resultado de esta política fue que el país no pudo remontar el trauma de su propia guerra, antes bien, durante los años cuarenta la economía continuó retrocediendo. Esto supuso el racionamiento, la parálisis de las actividades productivas, paro, miseria, en definitiva el hambre y la aparición de epidemias asociadas a la desnutrición crónica y propias de siglos pasados (tifus, fiebre amarilla, tuberculosis...). Sólo para un puñado de jerarcas y avispados fue la ocasión de amasar inmensas fortunas con el estraperlo, la corrupción, el mercado negro, los favores oficiales y la intermediación como hombres de paja para las empresas nazis. Prácticamente hasta 1960 no se recuperaron los índices económicos que se tenían en 1936.

A pesar de los insistentes ofrecimientos de Franco desde mayo de 1940, el segundo motivo por el que España no entró en guerra fue la rotunda oposición de Hitler, que no estaba dispuesto a pagar un elevado precio por la dudosa influencia que la entrada española podía ejercer sobre la marcha de los acontecimientos, que por cierto era muy favorable a Alemania. Tal supuesto exigía el envío masivo de armas, aviones, técnicos, alimentos, equipos, combustible... para poner en orden de combate al maltrecho ejército nacional, sin tener en cuenta que la quiebra económica y social del país hacían insostenible de hecho el esfuerzo bélico. El Generalísimo ofrecía comenzar atacando Gibraltar, y aspiraba a que se le permitiese establecer un vasto protectorado que alcanzara desde Túnez hasta Mauritania. Lo que no encajaba en los planes alemanes, que preveían incorporar al Reich una de las islas canarias y Guinea Ecuatorial, respetar los intereses italianos, que ya ocupaban Libia, y sobre todo los de Francia, cuyo protectorado comprendía casi todo el territorio en cuestión. Teniendo en cuenta que Francia estaba bajo ocupación alemana, Hitler valoraba más la inactividad de las tropas coloniales galas que la satisfacción del pequeño general. Este es el contexto en el que se enmarca la tan mitificada entrevista de Franco con el Führer en Hendaya el 23 de octubre de 1940, que con posterioridad ha sido plagada de exageraciones interesadas. La primera, anecdótica, es el supuesto desdén de Franco, que habría hecho esperar a Hitler durante varias horas; en realidad no pasó de unos minutos de retraso por problemas con el tren en el que viajaba, un viejo cacharro de los tiempos de Alfonso XIII. La más abultada es la pretendida oposición del Caudillo

a dejarse engañar por los sibilinos argumentos del dictador alemán, para que entrara inmediatamente en la guerra. Gracias a los documentos de los archivos y a otros testimonios conservados se ha podido reconstruir con fidelidad las conversaciones, en las que un Franco ansioso de ayuda material y territorios se ofrecía a entrar en el conflicto, mientras Hitler, recordando el montante de la deuda española y la penosa situación interna, trataba de hacer ver a su interlocutor la cruda realidad. A medida que avanzaba el tiempo y la entrada de Italia en la guerra evidenció la poca utilidad de los países pobres jugando a potencias, el régimen alemán se convenció aún más de que una España formalmente neutral era útil para burlar el bloqueo marítimo británico, pero en el campo de operaciones habría sido su ruina.

En tercer lugar la neutralidad española estuvo determinada por la actitud de Estados Unidos y de Gran Bretaña, consistente en ofrecer ayuda alimenticia y económica a España a cambio de su no beligerancia. El régimen se resistió cuanto pudo, pero en 1941 cayó como fruta madura. Al principio Franco trató de acogerse a la oferta norteamericana, pero negándose a hacer pública su neutralidad; mas al comprobar la determinación de los aliados de no admitir medias tintas, terminó por claudicar. Gran Bretaña, por su parte, se ganó la adhesión de los más destacados militares españoles a base de repartir a través del general Aranda la enorme suma de trece millones de dólares en sobornos. A partir de entonces las relaciones con los aliados transcurrieron como el juego del gato y el ratón. El régimen trataba de burlar su neutralidad, por ejemplo, suministrando a Alemania mineral de wolframio –imprescindible para el blindaje de los tanques y para la fabricación de bombas–, blanqueando oro procedente de Suiza y robado a los judíos, enviando la División Azul al frente ruso, favoreciendo la acción del espionaje alemán... Los aliados contestaban a cada una de estas acciones con nuevas presiones, bloqueando las exportaciones españolas y cortando sus envíos de alimentos, combustible, etc. La eficacia del acoso aliado fue en aumento a la par que los acontecimientos bélicos les eran propicios, y el Generalísimo no tuvo más remedio que dar marcha atrás en su ayuda al Eje. Hasta el último momento estuvo convencido de la victoria de su amigo el Führer, ignoraba hasta tal punto la marcha de la guerra que en múltiples ocasiones trató de convencer a los británicos de la esterilidad de su lucha y de la conveniencia de firmar la paz con Alemania. Esperaba maravillas de las armas alemanas, hablaba de un rayo cósmico que eliminaría a sus enemigos, bombardeos sobre Estados Unidos... Incluso después del desembarco de Normandía le dijo al duque de Alba que los aliados habían caído en la trampa: «Conozco los efectivos del Eje –sigo muy de cerca las operaciones– y me faltan alrededor de ochenta divisiones que creo veremos aparecer por algún sitio en cualquier momento». Unos meses después Alemania se rendía.

A finales de 1944, a punto de caer el nazismo, trató de convencer a Churchill para montar entre ambos una alianza antisoviética, pactar la rendición de

Alemania y evitar que la influencia estadounidense se extendiera en Europa. Por encima de sus fantasías, el predominio aliado le obligó a desmontar sus burdas tramas, la humillación ante los vencedores era el precio que tenía su permanencia en el poder, su único y verdadero objetivo. Cuando Berlín ya había sido liberado y puesto el punto final a la guerra en el continente, Franco temió que los aliados terminaran la tarea invadiendo el último reducto fascista de Europa. Al fin y al cabo los blindados *Guadalajara* y *Teruel* con tropas de voluntarios españoles habían sido los primeros en liberar París, y la frontera estaba llena de partidas de exiliados esperando el momento de iniciar la liberación; sin contar la guerrilla interior, que mantenía en constante actividad a las fuerzas armadas. Ante esta perspectiva el gobierno español inició una frenética actividad propagandística para situarse del lado de los vencedores como neutral guardián del equilibrio europeo. Al mismo tiempo, se anunciaban leyes que dotarían al régimen de una apariencia monárquica, con la creación del Consejo del Reino y la promulgación del Fuero de los españoles. Por su parte, Franco se entregó de lleno a conceder entrevistas a la prensa internacional en las que tildaba su dictadura de democracia orgánica, hacía vagas alusiones a un supuesto proceso electoral... y trataba de anular la figura de don Juan, pretendiente al trono en el exilio. Mientras se hacían estas declaraciones, nuestro país daba refugio a miles de criminales nazis huidos de la justicia.

Estos movimientos fueron recibidos con indignación por parte de la opinión pública internacional, conocedora del sistema español, pero fueron oportunos. El irresistible poder soviético hizo cambiar el orden de prioridades hacia la contención del comunismo, que a punto estaba de traspasar a Italia y otros países de Europa occidental. En este contexto, la utilidad futura que el endeble régimen franquista suponía para los intereses occidentales, salvó al Caudillo de haber terminado colgado boca abajo como su amigo Mussolini o de un tiro como su idolatrado Adolfo. De lo que no se libró fue del rechazo internacional, de la repugnancia que producía su régimen en el concierto de las naciones libres del mundo, que le condenaron al ostracismo. Cuando en 1946 se creó la Organización de las Naciones Unidas, España no fue admitida y el Consejo de Seguridad recomendó a sus miembros que rompieran sus relaciones con este país, si bien la solicitud soviética de terminar la guerra antifascista no fue admitida. A partir de este momento las legaciones diplomáticas se cerraron una detrás de otra, salvo algunos países iberoamericanos, dejando a España aislada del exterior durante diez años. Además, se quedó para siempre fuera del Plan Marshall, perdiendo la vigorizante inyección de ayuda y de capitales con la que el resto de Europa occidental se recuperó del desastre. Los efectos sobre la población y la economía fueron devastadores, prolongando la agonía que se venía arrastrando desde la Guerra Civil. Miseria, enfermedades, subdesarrollo, eran el tributo que pagarían los españoles por la ambición de un dictador sanguinario.

LA LAMPARITA DE EL PARDO

De entre todos los mitos de que se rodeó la figura de nuestro personaje, uno de los favoritos fue el de trabajador infatigable. En 1975, en pleno ocaso de la dictadura, su fiel Arias Navarro lo expresó con una alegoría muy graciosa por lo ridículo que resultaba aplicarla a un anciano de ochenta y dos años. Invitaba a quienes cayeran en el desánimo a «que se acerquen al palacio de El Pardo, que, aunque sea desde la lejanía, contemplen esa luz permanentemente encendida en el despacho del Caudillo, donde el hombre que ha consagrado toda su vida al servicio de España sigue, sin misericordia para consigo mismo, firme al pie del timón, marcando el rumbo de la vida para que los españoles lleguen al puerto seguro que él desea». Desde luego que sacrificó su vida al servicio de su España, la de él, la vencedora, identificada de tal modo con su persona y con su ambición que eran todo uno, «Franco por España y España por Franco» se dijo hasta la saciedad en un pobre remedo del juramento mosquetero. Fue en efecto infatigable en la tarea de perpetuarse en el poder, y con la suerte de cara manifestó una habilidad política indudable. Pero su actividad fue penosa en otros terrenos, de manera muy especial en la forma de dirigir la economía nacional, cuyas consecuencias fueron funestas.

Como una más de sus obligaciones, el Generalísimo se ocupó de dictar personalmente las líneas maestras de la economía española. Ignorante de sus mecanismos y guiado por la alucinada admiración que sentía por Hitler y Mussolini, decidió imitarles e instaurar una economía autárquica, dando la espalda a los mercados internacionales y al libre comercio, al que consideraba responsable de la postración española en el último siglo. En lugar de buscar créditos en Inglaterra y Estados Unidos para reconstruir el país, que se hallaba en quiebra total, prefirió confiar en la autosuficiencia. La autarquía no fue resultado de las circunstancias, como se quiso presentar a posteriori, sino una opción conscientemente adoptada. Después de tres años devastadores de guerra, con las vías de comunicación destruidas, las industrias, el campo, la pesca, en fin todos los componentes de la economía en números rojos, la política oficial sólo contribuía a deprimir más los indicadores. Buena muestra de la estulticia de Franco fue la difusión irresponsable de fórmulas milagrosas, como la carne de delfín para paliar el hambre, las enormes reservas de oro y petróleo inexistentes, el motor de agua o la gasolina sintética. Lo peor de todo es que el Caudillo creyó a pies juntillas todas estas patrañas. En el discurso de fin de año de 1939, sin esperar a que se confirmaran los primeros informes geológicos, se despachó diciendo: «Tengo la satisfacción de anunciaros que España posee en sus yacimientos oro en cantidades enormes... lo que nos presenta un porvenir lleno de agradables presagios». Resultó que el oro no daba ni para una alianza. Pocos meses después anunció ufano el descubrimiento de la gasolina sintética, obra de Albert Elder Von Filek, un austriaco admirador suyo que había resistido las tentadoras ofertas de las grandes petroleras para ofrecérselo al Generalísimo. La pretendida fórmula se componía de agua, extractos de plantas e ingredientes secretos, de lo que se obtenía un combustible similar a la

gasolina. Filek recibió el encargo de ponerse manos a la obra, para lo que se le cedió el uso de las aguas del Jarama, terrenos para construir la fábrica, con enormes depósitos subterráneos para almacenar las reservas... Se le convenció a Franco de que los camiones que traían el pescado desde los puertos cantábricos y su propio coche oficial funcionaban con el combustible de Filek. Al final se descubrió el pastel y el austríaco fue encarcelado.

En realidad, el tráfico interior era inexistente y la distribución estaba colapsada. Los pocos vehículos que circulaban por las maltrechas carreteras españolas funcionaban con gasógeno, un aparato que quemaba leña o carbón y aprovechaba los gases de la combustión para mover el motor. Mientras que la dieta alimenticia no cesaba de empobrecerse, buena parte de la escasa producción y de la ayuda recibida de Latinoamérica se expedía hacia Alemania como contribución a la causa del nazismo en armas. La política monetaria era desastrosa, Franco estaba empeñado en mantener la peseta a un tipo de cambio irreal, y cuando se le mencionaba el error y los efectos devastadores de la inflación, él salía con que todo aquello eran argucias de los banqueros y «de los papanatas en lo económico». Las cifras no parecían preocuparle, ni que en 1950 el consumo de carne por español fuera la mitad que en 1926, que comiera la mitad de pan que en 1936, ni que las manipuladas estadísticas oficiales reconocieran que los precios habían crecido el doble que los salarios desde la Guerra Civil. Durante los primeros veinte años del régimen la situación fue dramática, hasta tal extremo que ni su poderosa maquinaria represora pudo evitar el estallido de huelgas obreras: primero fue Manresa en 1945, en mayo del 47 se produjo una huelga general en el País Vasco, Cataluña, Madrid... reprimida por la Guardia Civil y la Legión. 1949, 1951, 1956, las protestas no cesaron a pesar de la brutalidad con que eran reprimidas, porque la vida de los trabajadores era insostenible, jornadas laborales interminables a cambio de salarios de miseria que no alcanzaban para casi nada en una economía dominada por el mercado negro.

Después de haber manejado las cosas con la irresponsabilidad más absoluta, en 1957 un Franco en edad de jubilación dejaba paso a los burócratas del Opus Dei para que enderezaran la economía española. Lo primero fue adecuar el valor de la peseta, que pasó de cinco a cuarenta y dos por dólar, y la progresiva liberalización de la economía y del mercado interno para atraer capitales extranjeros, en lo que se conocería como plan de estabilización. Después vendrían los planes de desarrollo. Aunque la relativa prosperidad que se comenzó a vivir entre 1960 y 1973 se quiso vender como un logro del régimen y de la inteligente política de los tecnócratas, lo cierto es que fue más bien el reflejo de la bonanza económica que disfrutaban los países capitalistas. En su condición de economía periférica, España exportó mano de obra a la industria europea y presentó una oferta turística barata y de masas, con lo que pudo captar capitales, al tiempo que un mercado interno más animado favorecía su industrialización. También en la economía, el franquismo sobrevivió por la fuerza de las circunstancias más que por su propia política. Tampoco sería ocioso señalar la confluencia de dos factores, que algo influirían en

la buena marcha de la economía española, la decadencia física de Franco y su alejamiento del trabajo en favor de sus aficiones favoritas: la caza, la pesca, el golf y las quinielas.

QUITATE TÚ PARA PONERME YO

Tradicionalmente se ha representado a Franco como una figura controvertida, con sus aduladores y sus detractores, pero siempre incontestada, como un astro solitario en el firmamento sin otro que le hiciera sombra. Y en efecto así fueron las cosas, mas no por azar ni por gracia de la protección divina, sino porque él mismo se ocupó muy mucho de eliminar a cualquier personaje de talla que pudiera poner en riesgo su disfrute del mando. Como medida general favoreció la corrupción por activa y por pasiva entre los miembros de su camarilla, los ministros y jefes del sistema. Con los individuos más peligrosos, como políticos, militares de prestigio y el propio heredero legítimo de la corona, utilizó medios más arteros.

El primero en desaparecer de la escena fue José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador y fundador de la Falange. Ambos se habían conocido por medio de Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y gran amigo suyo, pero nunca congeniaron. Al general le resultaba embarazosa la presencia de un joven de aires aristocráticos que azuzaba su complejo de inferioridad, para José Antonio el general era un arribista mediocre. Con motivo de las elecciones de 1936 se incluyó a Franco en la lista de las derechas por Cuenca, pero Primo de Rivera no cejó hasta conseguir que se retirara de la carrera electoral. A partir de entonces Franco abrigaría un odio profundo hacia el falangista, aunque lo ocultara convenientemente. José Antonio fue encarcelado en la prisión de Alicante en marzo de 1936, así que al estallar la guerra se encontraba en poder del bando leal. Las autoridades propusieron su canje, como era norma en toda guerra, pero Franco no hizo el más leve movimiento para favorecer su rescate, sino que lo estorbó. El 20 de noviembre de 1936 Primo de Rivera era fusilado, inmejorable obsequio para el futuro Caudillo que se encontraba con las manos libres para dirigir la Falange a sus anchas, y con un mito que, ahora sí, elevaría a su misma altura y explotaría hasta la saciedad.

Entre sus conmitones había unos cuantos que habrían hecho peligrar los planes de Franco, pero el destino quiso que uno a uno desaparecieran prematuramente. El más competente como militar y político, el general Goded, quedó fuera de combate al fracasar en su intento de sublevar Cataluña. El general Sanjurjo, elegido jefe por los conspiradores, murió tres días después (21 de julio de 1936) en accidente de aviación. Un año más tarde le tocaba el turno a Emilio Mola –su avión también se estrelló–, un general cuyos planes eran reconstruir un sistema republicano parlamentario incompatible con los anhelos del Generalísimo. Queipo de Llano, capitán general de Andalucía, había manifestado siempre un comportamiento autónomo y una abierta hostilidad hacia Franco, a quien trató de derrocar

y sustituir por un directorio militar; pero su falta de prudencia le llevó a ser destituido en julio de 1939.

Eliminados sus más poderosos rivales, Franco continuaría gobernando a voluntad. Con motivo de la II Guerra Mundial los militares se dividieron en dos grupos, entre quienes deseaban entrar del lado del Eje a cualquier precio y quienes preferían la neutralidad, unos llevados por sus convicciones monárquicas y todos por los generosos sobornos de los servicios secretos británicos a los que hemos hecho alusión. Entre los del primer bloque destacaron Agustín Muñoz Grandes, impulsor de la División Azul, y el general Juan Yagüe ministro del Aire. Éste fue cesado en 1940 por dirigir una trama para derrocar a Franco, al que acusaba de tibieza ante la causa nazi.

En el bando monárquico se encontraban generales influyentes como Antonio Aranda —encargado de distribuir el dinero británico entre sus compañeros—, Juan Beigbeder, Fidel Dávila, Francisco Gómez Jordana, Alfredo Kindelán, Luis Orgaz, Andrés Saliquet, José Solchaga o José Varela. Casi todos ellos eran contrarios a la Falange, además de monárquicos. Los principales puntos de fricción eran la cuestión monárquica y la desmedida filiación fascista del régimen durante la guerra europea, de la que en buena medida era responsable el cuñado del Caudillo y ministro de Exteriores, el falangista y pronazi Ramón Serrano Suñer, cuya cabeza pedían los generales. Convencidos como estaban de la victoria aliada, temían funestas consecuencias futuras de la colaboración con Alemania e Italia. Desde 1941 venían insistiendo sobre el asunto, aunque en vez de organizar una conspiración optaron por plantarle cara a Franco y expresar abiertamente sus opiniones. El enfrentamiento alcanzó máxima tensión a raíz de un atentado ocurrido en Begoña (Bilbao) el 16 de agosto de 1942, cuando al salir de la misa anual por los carlistas fallecidos en la guerra, un grupo de falangistas arrojó dos bombas que hirieron a un centenar de asistentes. La presencia del general Varela, ministro del Ejército, anglófilo, carlista y antifalangista, impidió que el asunto fuera acallado. Protestó enérgicamente ante Franco y le presentó la dimisión, que fue aceptada poco antes de dictar, en compensación, el cese de su cuñado en Exteriores. Una vez más Franco se situaba astutamente en medio de las tensiones, que el había contribuido a crear en gran parte con su política de enfrentamiento entre el ejército y los falangistas; pero aunque su corazón estaba con éstos, no podía asumir demasiados riesgos. Además mataba dos pájaros de un tiro, el sostenimiento de Serrano Suñer le venía costando demasiado, era un peligro potencial por su superioridad intelectual y política, y de paso se quitaba de en medio al poderoso y díscolo Varela, sustituido por el general filonazi Carlos Asensio.

El siguiente episodio delicado lo protagonizó Kindelán, capitán general de Cataluña, en noviembre de ese mismo año fue destacado por los demás generales monárquicos para pedir a Franco que restaurara el trono. No estaban de acuerdo con que un militar pronazi como él presidiera el país, ni mucho menos que fuera el jefe de un partido tan abominable como la Falange. Le hizo saber el descontento

to por la corrupción generalizada del régimen y la conveniencia de su dimisión. Franco aguantó el chaparrón y después de sondear hasta dónde estaban dispuestos a llegar, lo sustituyó dos meses después por José Moscardó, de tendencia falangista. Por motivos similares un grupo de procuradores en Cortes solicitaba a Franco en 1943 que restaurara la monarquía antes de la victoria aliada, para evitar las esperadas represalias. El destinatario se limitó a cesarlos a todos de sus cargos y reforzar la adhesión de sus generales. En realidad, más que intentonas fueron respetuosas solicitudes enunciadas por parte de unos jefes militares que, al fin y al cabo, estaban embarcados en la misma nave, y lo que pretendían era que la acción de los aliados no borrara los logros alcanzados tras la sublevación del 36. Hasta 1945 se sucedieron varias solicitudes de dimisión, algunas conspiraciones monárquicas como la de Lausana (1945), pero jamás cuajaron. Irónicamente Franco le espetó al contumaz Kindelán: «Mientras yo viva, nunca seré una reina madre». Y así fue, en efecto, la sucesión monárquica quedaría pendiente hasta su muerte en 1975.

PERLAS CULTIVADAS

Indiferencia es un término antitético con la figura de Franco. Cuantos le trataron en algún momento, como los que lo vieron a distancia, se formaron de él una idea que pasaba desde la admiración absoluta al odio firme. Aunque mientras unos podían lanzar sus alabanzas a los cuatro vientos, los otros debían mascullar en la intimidad los improperios que les merecía. La propaganda lo ha representado ya como un Cid victorioso, ya como un Felipe II infatigable en el trabajo. Los medios de comunicación oficiales le dedicaron tal cantidad de lisonjas y ditirambos, que si alguien acometiera la absurda tarea de recopilarlos, sin lugar a dudas, formaría el mayor diccionario universal del encomio. Las opiniones contrarias, en cambio, siempre han escaseado, no porque no existieran, sino porque eran difíciles y arriesgadas de enunciar, fuera de los chistes y de alguna publicación clandestina. Por eso cobran gran valor otro tipo de opiniones pronunciadas por hombres de cierta talla histórica, que denotan una visión del general a la que estamos poco o nada acostumbrados.

El objeto de las primeras opiniones fue su poca estatura y aspecto esmirriado. Sus compañeros de juegos infantiles le llamaban *Cerillito*, y en su juventud los colegas de la academia militar le decían *Franquito* por el mismo motivo. Incluso cuando ya era un oficial valeroso y celebrado no pudo evitar que la talla primara sobre su arrojo, en Oviedo –primer destino de la Península– le llamaban *El Comandantín*. Como quiera que con la edad ganó pronto en peso y esto hizo que su figura creciera en la dirección única que la madurez permite, el general Queipo de Llano le apodó *Paca la culona*.

También llamó mucho la atención de quienes le trataron su voz débil y aguda, así como un manifiesto aire femenino; para Roberto Cantalupo, embajador de la

Italia fascista, resultaba *glacial, femenino y esquivo*. John Whitaker, famoso periodista norteamericano destacado en el bando nacional durante la guerra y que tuvo ocasión de entrevistarle, lo describió en estos términos: «Un hombre pequeño, su mano es como la de una mujer y siempre está empapada de sudor. Excesivamente tímido, se pone en guardia para dialogar con su interlocutor; su voz es penetrante y aguda, lo cual resulta ligeramente desconcertante, pues habla muy suave, casi en susurros... Es el hombre menos sincero que he conocido». Al embajador británico durante la Segunda Guerra Mundial, sir Samuel Hoare, tampoco le causó una gran impresión, «de figura burguesa, bajito y bastante grueso, parecía insignificante. Su voz era muy distinta de los incontrolados alaridos de Hitler o de la gravedad teatralmente modulada de Mussolini. En realidad era la voz de un médico de cabecera de trato afable, un doctor con una gran práctica en medicina familiar e ingresos asegurados». El timbre de voz de Franco fue un aspecto que irritó especialmente al Führer durante la entrevista de Hendaya, «una voz baja y amable, con su monótono soniquete que recordaba al almuédano llamando a los fieles a la oración». Algún tiempo después, evocando la entrevista le diría a Mussolini: «Antes de volver a pasar por esto, preferiría que me sacaran tres o cuatro muelas». También le dijo que «realmente tenía un corazón duro, pero se había convertido en Generalísimo y en jefe del Estado español sólo por accidente. No era un hombre que estuviera a la altura del problema del desarrollo político y material de su país». Al cabo de las nueve horas de negociaciones de aquél día, en las que el Caudillo había exigido unas compensaciones delirantes por su entrada en la guerra, sus aliados y protectores del III Reich terminaron hondamente decepcionados. Buena muestra nos la proporcionan los epítetos a que se hizo acreedor en la boca de los más destacados jerarcas nazis: «No es un héroe, sino un pequeño mequetrefe» (almirante Canarias). «Cobarde desagradecido» (Ribbentrop). «Franco es un asno engréido» (Goebbels).

En contra de la construcción mitológica del personaje, algunos de sus mentores, compañeros de armas, afines ideológicos y aliados del bando fascista, nos ofrecen una visión más humana y pegada a la realidad. Destaca entre los aspectos determinantes de su comportamiento una actitud egoísta e interesada que el general Sanjurjo condensó en esta expresión: «Franquito es un cuquito que va a lo suyito», refiriéndose a su traición de última hora durante la intentona golpista de 1932 conocida como *la Sanjurjada*. El propio Queipo de Llano, en alusión a su actitud timorata y egocéntrica, opinaría más tarde que lo único que había sacrificado Franco por España era el bigote; lo tenía por un hombre *egoísta y mezquino*. Mucho después, en 1956, el embajador británico sir Ivo Mallet, desde una sensibilidad muy distinta lo vio como «un completo cínico interesado sólo en conservar el poder mientras viva e indiferente hacia lo que pueda ocurrir cuando él muera». También llama la atención la falta de resolución o el excesivo cálculo que le llevaban a no comprometerse en nada con claridad. El deseo de permanecer entre bastidores y sus vacilaciones aun en vísperas de la sublevación del 36, llevaron a sus colegas de milicia a apodararle *Miss Islas Canarias 1936*. Por ese motivo

el propio Hitler pensaba que «Franco llegó a la cima como Poncio en el Credo». Pero una vez llegado no bajaría sino con los pies por delante. El general Cabanellas comentó al resto de los miembros de la Junta de Defensa Nacional después de nombrar a Franco Generalísimo de todos los ejércitos y jefe del Estado durante la guerra: «Ustedes no saben lo que han hecho, porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el Ejército de África como jefe de una de las unidades de la columna a mi mando; y si, como quieren, va a dársele en estos momentos España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la Guerra ni después de ella, hasta su muerte». Lo mismo que diría el duque de Alba años después con motivo de la sucesión dinástica pendiente: «no quiere sino sostenerse a perpetuidad; es infatuado y soberbio». En este sentido, el embajador portugués Pedro Theotonio Pereira, a quien Franco le había tratado de convencer a finales de agosto de 1939 de que no habría guerra en Europa, escribió: «Cada vez le gusta más hablar con tono doctoral sobre los asuntos más complejos e inesperados». Esta capacidad verborréica tampoco pasó desapercibida a Luca Pietromarchi, el oficial de más rango de los que le acompañaron en su único viaje a Italia (Bordighera), le pareció: «parlanchín, desordenado al exponer, perdiéndose en detalles de pequeña importancia y abandonándose a largas disgresiones sobre materias militares».

Con las opiniones de quienes le trataron y, al parecer, conocieron bien, concluimos este perfil biográfico, urgente, telegráfico muchas veces, de un personaje que conviene olvidar a cuantos lo padecemos y tener presente a cuantos no lo conocieron, para detectar cualquier posible émulo y, sobre todo, para que la historia no se repita, nunca jamás.

BIBLIOGRAFÍA

- PRESTON, Paul: *Franco «Caudillo de España»*. Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998, 1.043 páginas.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel: *Autobiografía del general Franco*. Barcelona, 1992.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *La extrema derecha española en el siglo XX*. Madrid, Alianza Universidad, 1997, 554 páginas.
- BRENAN, Gerald: *El laberinto español*. Barcelona, Plaza y Janés, 1985.
- GARRIGA, Ramón: *Los validos de Franco*. Barcelona, 1981.
- PAYNE, Stanley G.: *El régimen de Franco 1936-1975*. Madrid, Alianza, 1987.
- TAMAMES, Ramón: *La República. La era de Franco*. Madrid, Alianza, 1973.
- BLANCO ESCOLÁ, Carlos: *La incompetencia militar de Franco*. Madrid, Alianza, 2000, 516 páginas.